

Un viaje astral

Sin traspasar la puerta

Anoche me había quedado sola. Por la tarde discutimos. Él me mandó callar. Yo hablé más de la cuenta, y se marchó. Me puse a zapear, no encontraba en la televisión nada que me distrajera, ni siquiera una película soportable de buenos y malos, así que la apagué y fijé la mirada en cómo se contraponen el fondo negro y la hoguera blanca de mi Viola. Después, mientras cenaba, entre el ruido de mis muelas triturando unas almendras de postre, escuché llorar. Al principio creí que era la perra del vecino que encontraron abandonada en un descampado y, aunque parezca increíble, lloriquea igual que una persona. ¡Me pone los pelos de punta escucharla! Cuando la encuentro en el portal e intenta olfatearme me aparto; me da repelús tan solo imaginar que pueda encariñarse conmigo. Luego extrañada me di cuenta de que eran sollozos y venían de dentro de casa. Un llanto acompasado que parecía tener un ritmo y una cadencia, pero al acercarme al dormitorio, de dónde provenía, se convirtió en un llanto ahogado como si hubiera detectado mi presencia y el pudor le hiciera recatarse. Incrédula me asomé y desde la puerta la vi allí, tumbada en mi cama, con la cara pálida de una moribunda. Abrió unos ojos desencajados de soledad que yo nunca antes había visto y me miró. Fui a cerrar la puerta y correr hacia el otro lado. Entonces empezó a llorar con un llanto desesperado, de esos que es imposible controlar. Hipaba y se convulsionaba, incluso se le escapó algún grito de exclamación entre tanto sollozo. Yo ni retrocedí ni di un paso para acercarme a ella. Como una imagen escaneada, así pasamos varias horas, yo observándola sin franquear la línea divisoria de entrada al dormitorio y ella desbordándose de agonía. Tenían que ser, por fuerza, sus últimas lágrimas, nadie puede tener tanta agua en su cuerpo para derramar. Cuando vi que ya no acertaba a brotar ni un hilillo más de sus ojos, traspasé la puerta. La sequedad del llanto había tensado sus mejillas. Debían ser sus últimos momentos de vida. Pensé que su soledad le resultaba tan insoportable que no la dejaba morir en paz, pero no me acerqué a reconfortarla. Al fin pareció exhalar un suspiro postrero, pero esa imagen apacible de rostro inerte de la que hablan, no apareció en el suyo.

En la radio despertador marcaban las seis de la mañana, lo que yo llamo la hora bruja. Algún que otro rayo de claridad comenzaba a filtrarse por las rendijas de la persiana. Me acerqué y apagué la luz de la mesilla, me daba escalofríos verla reflejada en la rigidez de aquel rostro incapaz de serenarse. Subí la persiana y con la luz del día la observé desde otro ángulo con detenimiento. Tenía los párpados tan enrojecidos e hinchados que le tiraban del entrecejo. Con un alfiler se los puncé. Se desinflaron y con ellos su rostro pareció relajarse. Y descubrí el retrato que tenía frente a la cama, nos miraba con esa fijeza que miran los retratos. Y entonces, al buscar las semejanzas como en una transmisión, la reconocí. La conocía, la conocí hasta donde me dejó conocerla, como todos. Volteé el retrato y me senté en la butaca de noche frente a

ella. Ahora que ya ni podía sentirme ni yo sentirla, le cogí la mano. La suya aún guardaba los restos del calor de la vida. La mía estaba más fría. Esa frialdad me desconcertó. Pensé en su familia, amigos, en ese alguien especial al que no se resistió a dejar que la conociera...

Nadie apareció para velarla y comprendí que nadie vendría a enterrarla. Hacía tiempo que la habían dado por muerta. La perra de los vecinos empezó a llorar y eso me aterró. Ya que la había dejado morir sola, tenía que enterrarla. La vestí de blanco, a juego con el color de esos ojos espantados antes de cerrárselos. Yo me vestí de luto riguroso con el pantalón de chándal y la sudadera negra. Me costó encontrarlo porque siempre he odiado ese color. Fui a cargarla a costas y del vértigo me mareé encima de ella. Negro sobre fondo blanco me devolvió a lo que estaba pensando mientras cenaba. Era viernes por la noche. Había sido un día eterno. Discutimos por la tarde y él se había marchado de un portazo. Estaba sola en casa o eso creí hasta el momento que la escuché llorar.

Lourdes Chorro